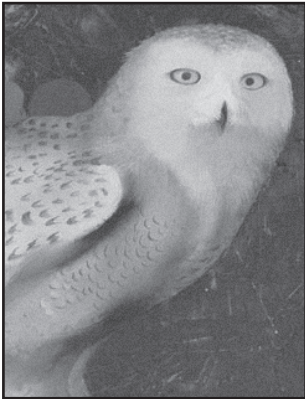




Convicciones y magisterio

Ensayos escogidos

BEATRIZ RESTREPO GALLEGO



LETRA X LETRA
—ENSAYO—

Restrepo Gallego, Beatriz. 1941-2019

Convicciones y magisterio: ensayos escogidos / Beatriz Restrepo Gallego. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2019

246 p.; 22 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-591-6

1. Ética. 2. Educación. 3. Política. 4. Religión y moral. I. Tít. II. Serie. III. Mejía Arango, Juan Luis, pról. IV. Arango Velásquez, Gabriel Jaime, pról. V. Nieto, Judith, pról.

199.861cd 23 ed.

R436

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Convicciones y magisterio

Ensayos escogidos

Primera edición: agosto 2019

© De los textos, herederas Beatriz Restrepo Gallego

© De la presentación, Juan Luis Mejía Arango

© Del prólogo, Gabriel Jaime Arango Velásquez

© Del epílogo, Judith Nieto

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-591-6

Coordinación: Claudia Ivonne Giraldo G.

Edición: Juan Felipe Restrepo David

Corrección: Gustavo Giraldo

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Niña y búho*. Díptico. Óleo sobre lienzo. 1,98 x 1,22 cm. Igor Kozlovsky y Marina Sharapova (Rusia).

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia



BEATRIZ RESTREPO GALLEGO

Foto cortesía de Archivo periódico *Alma Mater*,
Universidad de Antioquia.

Contenido

Nota editorial	7
Presentación	
<i>Juan Luis Mejía Arango</i>	9
Prólogo	
<i>Gabriel Jaime Arango Velásquez</i>	11
Reflexiones sobre educación, ética y política.....	21
Para un fortalecimiento de la moral y la ética profesional	61
En política casi todo se ha descubierto ya.....	93
Estudios sobre Antioquia	121
La música culta.....	123

Religiosidad y moralidad	136
El territorio.....	163
 Tres notas y un discurso.....	 179
Acerca de la solidaridad	181
Para una antropología del desplazamiento.....	186
La compasión	195
Compartir con los alumnos sus sueños.....	215
 Epílogo: Beatriz Restrepo Gallego, volver la mirada <i>Judith Nieto</i>	 221
 Fuente de los textos	 243

Nota editorial

La edición de estos ensayos compilados quiso concentrarse, sobre todo, en mostrar la complejidad y transparencia de la escritura de su autora; la selección giró en torno a los temas a los que una y otra vez regresó Beatriz Restrepo Gallego, como preocupaciones vigentes de las tensiones de nuestra sociedad. Solo se actualizaron ciertos usos ortográficos; por lo demás, se hizo más visible la separación de las partes de los ensayos, cuando las había, para que los espacios fueran pausas (silencios) que acompañan la reflexión de una filósofa y ensayista que hizo del pensar una categoría de definición de la propia existencia.

Presentación

Juan Luis Mejía Arango
Rector Universidad EAFIT

La obra de Beatriz Restrepo Gallego es rigurosa, diáfana, reflexiva, densa. Por eso, su escritura no teme a los periodos largos y a las construcciones exigentes; sin embargo, en una primera lectura su lenguaje puede parecer simple por la selección de las palabras, pero sus ideas no lo son: su pensamiento requiere de paciencia, de idas y venidas; avanza, pero al ritmo de lo que se revisa y se cuestiona; cuando cita a un autor, no lo comenta o llanamente describe, más bien dialoga con él y va directo al centro de sus concepciones. Estas maneras —su estilo— permiten que sus perspectivas y críticas sobre la educación, la cultura, la ética, la política adquieran la singularidad de un pensamiento maduro y seguro, y no en un sentido de jerarquía, porque no se trata de que estas ideas sean superiores a otras. Lo que hay en su voz y sus palabras es la confianza del camino recorrido, de una vida pensada y vivida entre libros, aulas, estudiantes y conversaciones.

Si Hemingway y Babel pedían a los escritores que narraran solo aquello que habían conocido y sentido por sí mismos, es decir, que la imaginación se moviera en terreno de lo corporal, de aquello que como seres humanos sabíamos del mundo, entonces, para una pensadora y maestra como Beatriz Restrepo Gallego se hace apremiante una afirmación semejante: reflexionar y divulgar las ideas que largamente han convivido con nosotros, al punto de que las palabras

con que se expresen sean ya la manifestación de una forma de ser, y que revela, a cada tanto, la fuerza de la honestidad. Pues bien, no otra es la vida filosófica, la escritura filosófica.

Para la Universidad EAFIT y su Editorial este libro es un homenaje a una de las maestras cuya huella ha perdurado más largamente en la memoria de sus estudiantes y colegas; y que marcó una generación al mostrar, también como mujer en un campo que tradicionalmente han ocupado los hombres, que es posible pensar con seriedad y constancia, y que dicho compromiso no es ajeno a la vida de todos los días; por el contrario, la define y orienta. Y dicho homenaje no fue otro que su propia obra y una breve, pero representativa, muestra de ella. A Beatriz Restrepo Gallego, gracias por su legado.

Prólogo

Gabriel Jaime Arango Velásquez
Director Formación Integral EAFIT

De los últimos ciento treinta y tres años de vida republicana, la historia cultural colombiana recoge escasos cuarenta nombres de personas sobresalientes, cuya vida, puede afirmarse, ha estado connotada por el estudio y la apropiación crítica del pensamiento filosófico occidental, llegando, en sus temas de reflexión, a la elaboración y producción sistémica de aportes personales al mundo de las ideas y, por consiguiente, al desarrollo de los múltiples campos de interés y conocimiento de la sociedad. De ellos, solo cuatro corresponden a mujeres, la colombo-alemana Ilse Schultze-Buenaventura (1938-2004); la antioqueña María Agudelo Moreno, ODN, (1926-2010); la barranquillera, de ascendencia antioqueña radicada en Medellín, Beatriz Restrepo Gallego, (1941-2019); y la bogotana Diana Uribe Forero (1959).

Los nombres que se destacan lo son por el reconocimiento intemporal con el cual la comunidad los acoge en su memoria. Son todos ellos personas de inteligencia independiente, esforzada, a veces autodidacta, disciplinada, sacrificada, y siempre culta, creadora y aportante, que han hecho de la filosofía su centro de interés y la ocupación de toda una vida. En común, tienen el haber sabido desde temprano que en la filosofía encontrarían la posibilidad de llegar a ser lo que deseaban ser y hacer. Pensar la vida individual

y colectiva en profundidad, inspirados en los más nobles ideales del espíritu y la razón, en compañía de los grandes maestros de la humanidad; y a la luz de las lecciones arrojadas al tiempo por los hechos trágicos o sublimes de la historia humana, ha sido para todos ocasión propicia para aprehender su esencia personal, afincar su identidad, desarrollar el sentido del deber y hacer conciencia del existir, con el fin de contribuir a la construcción de humanidad y sociedad.

En orden cronológico de nacimiento, estos son algunos de tan esclarecidos colombianos, en principio, por la categoría de la producción intelectual llevada a cabo, y en segundo término, por la alta incidencia de su pensamiento filosófico en el devenir de alguno de los sectores de la vida nacional: Baldomero Sanín Cano (1861-1957), Luis López de Mesa (1884-1967), Julio Enrique Blanco de la Rosa (1890-1986), Fernando González Ochoa (1895-1964), Nicolás Gaviria Echavarría (1898-1984), Monseñor Félix Henao Botero (1899-1976), Alfonso Borrero Cabal, S. J. (1905-2005), Rafael Carrillo Lúquez (1907-1996), Cayetano Betancur (1910-1982), Abel Naranjo Villegas (1910-1992), Nicolás Gómez Dávila (1913-1994), Julio César Arroyave Calle (1914-2002), René Uribe Ferrer (1918-1984), Jesús Emilio Jaramillo (1919-1989), Ernesto Vela Angulo (1919-2014), Danilo Cruz Vélez, (1920-2008), Mario Laserna Pinzón (1923-2013), Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005), Gonzalo Arango (1931-1976), Estanislao Zuleta (1935-1990), Guillermo Hoyos Vásquez (1935-2013), Darío Botero Uribe (1938-2015), Campo Elías Burgos (1938), Gonzalo Soto Posada (1947), Gilberto Tobón Sanín (1949), Antanas Mockus (1952), Cesar Alcides Balbín (1958), Óscar Eduardo Guardiola Rivera (1969), Sergio Jaramillo Caro (1966).

Por su menguado número, el incompleto y arriesgado levantamiento de los nombres antes mencionados no equivale a creer, y

aún menos a afirmar, que Colombia sea tierra estéril para el pensamiento abstracto y la elaboración de ideas filosóficas. Lo que sí sirve es para intuir que, frente a su fomento y promoción, se sufre, sobre su valor y utilidad, de vacíos conceptuales, debilidades de visión, o profundas dudas ideológicas, pragmáticas y económicas. Y esto, sobre todo entre sectores sociales de marcada influencia política, los gobiernos, las empresas, las instituciones educativas, y a veces las universidades mismas, que en su cotidianidad no atinan a tener en cuenta los aportes de la creación filosófica, ni a estimar o usar su legado histórico, a la hora de esclarecer la realidad, idear futuros y tomar decisiones.

Entre 301 universidades colombianas, de las cuales 86 son oficiales y 215 privadas, solo seis de las primeras y quince de las segundas, ofrecen en su portafolio de servicios académicos programas de pregrado en Filosofía. En términos de posgrado, veintitrés maestrías y diez doctorados complementan el universo.

Indudablemente, el país ha sido tenue, cuando no contradictorio, en el esfuerzo encaminado a conceptualizar y procurar programas que auspicien y promuevan la sólida formación filosófica de la población, tal como lo requieren y demandan aquellas mentes con capacidad y vocación para la elucubración y el enunciado de hipótesis, productos del asombro, la curiosidad, la contemplación, la meditación y la reflexión sobre el cosmos, la naturaleza y el mundo; la vida y la existencia; el ser humano, su ser, su sentir y su hacer, su comportamiento, realización y sentido; la lógica y la racionalidad; el conocimiento, sus fundamentos y métodos; el discernimiento moral y el razonamiento ético; el sentido y la significación de la ciencias, las tecnologías, las humanidades y el arte; la sociedad y sus prácticas culturales.

En el caso de las mujeres filósofas en Colombia, es de admirar y reconocer en ellas, en forma complementaria a su talento y

valiosísima producción intelectual, la tenacidad con la cual han debido luchar para ejercer su derecho de acceso a la educación superior. Afortunadamente, el país cuenta hoy con un número indeterminado y creciente de ellas, que tras realizar estudios universitarios de licenciatura, maestría y doctorado, dentro y fuera del país, se aplican laboralmente, en la mayoría de las veces, a la docencia, la investigación y la divulgación de la filosofía, las humanidades y la promoción de las artes, y en otras, a labores de asesoría y dirección empresarial o producción cultural en las cuales se requiere del pensamiento riguroso, ilustrado y trascendente de la filosofía.

La Red Colombiana de Mujeres Filósofas, promovida y animada por la doctora en Filosofía de la Universidad Nacional, María del Rosario Acosta López, *“como un espacio para reunir y visibilizar el trabajo de las mujeres filósofas, así como para promover la constitución de vínculos entre mujeres que trabajan desde y con la filosofía en Colombia”*, registra a la fecha, en su directorio de inscripción voluntaria, ciento cuarenta y dos nombres.

Sirva el ligero, pero sobresaliente acopio de personas dedicadas al quehacer filosófico en Colombia de marco apropiado para reconocer y agradecer la vida, la producción intelectual y la labor formativa de la filósofa Beatriz Restrepo Gallego. El conjunto de facultades cognitivas, espirituales, actitudinales, morales, profesionales y culturales que la caracterizaron como persona, ciudadana, pensadora profesional y educadora, la ubican, con méritos propios, en la categoría de las grandes mentes del país. En su ser y en su personalidad, en sus ideas y en sus acciones, se acopió tanta humanidad, que en su presencia se sentían resonar al unísono las mejores virtudes que en todo ser humano existen.

Inducida por Aristóteles en la teoría moral, entendida por él como la búsqueda de un fin valioso y bueno, en lo posible dentro

de lo racional, evitando los extremos y buscando el punto medio, y a su vez, con la convicción de que por naturaleza el hombre es un ser moral, la formación filosófica de esta extraordinaria mujer se decantó por el estudio y la sistematización de la ética y la filosofía social, como áreas de conocimiento.

De ahí que, en su formación universitaria, tanto en Nueva York como en Madrid, los temas de interés personal la condujeran ineludiblemente a indagar y a reflexionar, con la delicadeza metodológica y la sapiencia conceptual que le asistían, en la trilogía griega conformada por Sócrates, Platón y Aristóteles, y posteriormente, entre muchos otros filósofos, en los representantes de las escuelas estoica, epicúrea y cínica, en el pensamiento cristiano medieval de Agustín, Juan Duns Scoto y Pedro Lombardo, en el mundo del renacimiento de Nicolás de Cusa y el reformador religioso Martín Lutero, para luego hacerlo también en el humanismo y en la filosofía moral que en los Países Bajos desarrollaba Erasmo de Rotterdam.

En el jesuita español Francisco Suárez encontró que el juicio moral se fundamenta en la naturaleza humana y no en la naturaleza divina. De la época de la Ilustración, el prusiano Immanuel Kant comprometió su voluntad de estudio y comprensión en torno al hombre como centro del pensamiento y la ética. Nietzsche, en el siglo XIX, al fundamentar los valores en el hombre mismo, ganó su atención. Max Scheler, del cruce alemán entre los siglos XIX y XX, le sedujo con su ética. Eduard Spranger, con sus tipos de hombres y “actitudes de valor”, lo mismo que el francés Lucien Levy Bruhl, con sus estudios sociológicos sobre la mentalidad de los pueblos, suscitaron en ella profundas reflexiones.

David Hume, G. W. F. Hegel, Henri Bergson, Karl Jaspers, José Ortega y Gasset, José Luis López-Aranguren, Erich Fromm, Martin Heidegger, J. P. Sartre, Edmund Husserl, Ludwig Wittgenstein, Hannah Arendt y John Rawls, más que referentes de escuela, época

o posiciones, fueron compañías constantes de su entendimiento y de su vida.

En su desempeño como profesora de ética y decana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana, en Medellín, donde inicialmente la vida me puso en contacto con su magisterio entre los años 1967 y 1970, encontré ese ser humano maravilloso, esencial, imprescindible y vital que todos necesitamos al momento de aprender. Como dice María Teresa León, en su *Memoria de la melancolía*: “[...] siempre necesitamos quien nos abra el camino del conocimiento, quien nos indique con su ejemplo dónde se han de ir colocando nuestros pasos”.¹ La doctora Beatriz, o mejor, *Beatriz Restrepo*, como respetuosa y familiarmente solíamos llamarla sus discípulos, se convirtió allí, para mi generación y para otras más, en suprema inspiración e ilusión de vida intelectual. Por su generosidad sin límites, al permitirnos aprender a pensar, a construir proyectos personales de vida y a fraguar ideas propias para ubicarnos razonable y éticamente en la sociedad y en el mundo, lo mismo que por su permanente disponibilidad para atender nuestras demandas de orientación académica y nutrir con sus clases la búsqueda de conocimiento, se constituyó en destinataria de nuestra perenne admiración y gratitud.

Con la más profunda de sus convicciones, es decir, con una creencia teóricamente fundada en el acervo filosófico y cultural, la doctora Beatriz Restrepo sustentó y propuso un pensamiento coherente acerca de cómo darle respuesta a la necesidad sentida del ser humano de crear moral personal y comunitaria, de darse normas morales, de afirmar la propia existencia, de desarrollar sus

¹ León, María Teresa, *Memoria de la Melancolía*, Madrid, Gregorio Torres Nebrera, 1999.

potencialidades y de conquistar la libertad para poderse hacer a sí mismo. En la tarea de proyectarse como ciudadana a la sociedad, funde en una sola pieza el sentido de su vida y la enseñanza de la ética. Sí, porque la ética puede enseñarse y aprenderse.

La Universidad Pontificia Bolivariana y el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia guardan recuerdo agradecido de su magisterio. De la labor adelantada en las aulas conservan varios de los programas académicos, que, con las adecuaciones correspondientes a los requerimientos institucionales, dan cuenta de los itinerarios de formación periódicamente propuestos por la docente para facilitar a sus alumnos la apropiación crítica de los principios morales y de los razonamientos éticos históricamente elaborados.

Dotada de sólidos fundamentos filosóficos, su enseñanza tomaba forma en el discurso pausado, en la voz melodiosa, en la escritura legible a los ojos y al entendimiento, en la escucha a la pregunta, en la contra-pregunta conducente al diálogo, y en la esperanza contagiosa de que, si así se desea, toda persona puede definir una forma conveniente de ser y de vivir... una identidad moral y humana.

Planteaba que la base de la moral y de la ética es la libertad, y que por ello la libertad es la principal adquisición del ser humano. Sustentaba, sin fatiga alguna, que los valores no se crean, sino que se descubren y se apropian. Enseñaba que la libre adhesión a la serie de valores frente a los cuales se es sensible, se siente que lo complementan y personalizan a uno y se reflexiona para pasar a la acción, es la actitud humana que mejor sirve a la realización de la vida misma.

El programa de curso académico, transcrito a continuación, de gratísima recordación para quien estas líneas escribe, es clave fundamental para dimensionar la originalidad y el valor de las agudas consideraciones compartidas en los ensayos incluidos en el texto que el lector tiene entre sus manos.

- I. Introducción
 - ¿Qué es la ética? Solo se tendrá una respuesta al final del curso, cuando se haya logrado examinar su contenido
 - A. Historia de la Ética (Tratado constante en la Filosofía)
 - B. División de los problemas éticos
 - C. Valor de la Ética como filosofía
- II. Fundamentación de la Ética
 - A. Relaciones con la Metafísica
 - B. Relaciones con la Antropología (El hombre, ser dotado de intencionalidad)
- III. Ética y Moral
 - A. Etimología
 - B. Relaciones
 - C. Relación Teoría-Práctica
- IV. Moral como estructura y como contenido
 - A. Conceptos de bien y mal
 - B. Términos: moral, inmoral, amoral
- V. Vida Moral (Existencia del hombre asumida auténticamente)
 - A. La Culpa. Criterios: Ley Natural. Conciencia Moral. Naturaleza Humana
 - B. El Fracaso. Conflicto (Psicología). Sufrimiento (Filosofía). Actitudes frente al fracaso: Desaliento, Esperanza, Superficialidad
 - C. La Soledad. Relaciones entre solipsismo y soledad. Corresponsabilidad Moral. Planteamiento de las éticas sociales.
 - D. La Culpa ontológica
- VI. Éticas
 - A. De la Felicidad. (griega. escolástica)
 - B. Del Deber (Kant. Puritanismo Victoriano)
 - C. Utilitarista (Hedonista. Pragmática. Existencilista)
 - D. Cristiana

VII. La Teoría Moral

- A. ¿Qué se entiende por realización?
- B. El Proyecto
- C. La Vocación
- D. El papel del tiempo
- E. La Fuerza y el Impulso Moral: Instintos. Temperamento. Carácter. Virtudes. Vicios

VIII. Fin de la Tarea Moral

- A. La Muerte
- B. Actitudes ante la Muerte
- C. La vida filosófica y su sentido

Con esta publicación póstuma, la Universidad EAFIT rinde tributo de reconocimiento, admiración y gratitud a la filósofa, educadora, gestora cultural, mentora y líder social, por su integridad personal y su vida ejemplar, lo mismo que por sus significativos aportes a la institución, en especial durante el tiempo de pertenencia al Consejo Superior, y en general, por sus contribuciones a la sociedad en sus múltiples vínculos como asesora estratégica y consejera de organizaciones y asociaciones cívicas, gremiales y gubernamentales, cuyos propósitos haya encontrado encaminados a la promoción de la dignidad y los derechos humanos, el espíritu cívico, la educación de la niñez y la juventud, el fomento de la equidad, los valores evangélicos, el entendimiento y desarrollo de la cultura antioqueña, la búsqueda de la paz y la justicia social.

En la lectura de estas páginas, cualquiera que lo haga, corroborará que, en la escritura de la doctora Beatriz, como dice Fernando Aramburu en *Autorretrato sin mí*:

Las palabras son de todos, pero que hay que conocerlas..., que su largo manejo requiere un largo aprendizaje y comprender que más allá, bastante más allá del conocimiento exhaustivo de las normas, se extiende un vasto espacio de

intensidades, de hondura del pensamiento y dominio estético de la expresión escrita que no se alcanza sino a costa de esfuerzo constante y de mucha soledad...²

Y es justo agregar, de convicciones y pasión profunda por la filosofía, la educación, y el magisterio.

Medellín, 22 de julio de 2019

² Aramburu, Fernando, *Autorretrato si mí*, Bogotá, Planeta Colombiana S.A., 2018.

*Reflexiones sobre educación,
ética y política*

Prólogo

En este texto recojo las reflexiones que he venido elaborando a lo largo de mi carrera docente, inspirada en los grandes filósofos antiguos, modernos y contemporáneos, que han alimentado mi compromiso con la educación y me permiten disponer de elementos para leer la realidad y descubrir en ella los seres humanos con los que comparto mi humanidad.

De este largo recorrido, recuerdo con gratitud y afecto a mis colegas profesores y de manera especial a mis estudiantes, muchos de los cuales me han sobrepasado con creces en el ejercicio inteligente y comprometido de su profesión. Y también recuerdo a todas las personas con las que he compartido preocupaciones en torno a la construcción de una sociedad más justa y solidaria.

Son estas interacciones las que me han permitido orientar en una dirección determinada y con un sentido particular la formación filosófica que tuve la fortuna de recibir. No es este un trabajo académico, es simplemente un ejercicio de introspección que la comunidad universitaria sabrá sopesar.

La educación como formación de sujetos

Desde la aparición de la humanidad, la educación como práctica social ha estado unida a su desarrollo. La desvalidez del ser

humano, la urgencia de disponer de una memoria cultural, y no solo genética, y la tensión nunca resuelta entre instinto y libertad, hicieron necesaria la presencia de procesos que introdujeran a los nuevos miembros del grupo en las prácticas tradicionales, dotándolos de herramientas para enfrentar los retos del medio natural y del entorno exosocial y permitiéndoles adaptarse de la mejor manera según su equipamiento genético a la vida de la comunidad. De la eficacia de este componente educativo dependió la supervivencia de la humanidad.

No fue sino hasta el siglo IV a. C., época clásica de la cultura griega, que esta práctica social, ya por entonces muy desarrollada y compleja, empezó a ser reflexionada. Los resultados de este ejercicio desarrollado por Sócrates, Platón y Aristóteles, como sus eximios representantes, todavía hoy alimentan los discursos de la pedagogía y la didáctica. Sócrates se preguntó por el método de la enseñanza y sus alcances; Platón señaló su importancia para la vida política (en la *República* y las *Leyes*); y Aristóteles, que percibió la educación como formación moral, la propuso como superior a la política: así, al ocuparse de la ambición humana, factor desestabilizador en la *polis* como causante de grandes diferencias entre la población, expresó (en su *Política*) que frente a ella, que es ilimitada, resultaba más efectiva la educación que las leyes.

En el siglo XV, el Humanismo renacentista retomó con fuerza la idea griega de la educación como formación (*paideia*). Una de sus más importantes figuras, el filósofo y maestro Pico della Mirandola, en su conocida obra *Discurso sobre la dignidad del hombre*, expresó de manera todavía hoy admirable su comprensión del ser humano y lo que ello suponía para la educación: el hombre es un ser inacabado que debe darse a sí mismo su forma plena. En este pasaje, que cito extensamente, es Dios quien habla:

¡Oh Adán! No te he dado un lugar determinado, ni un rostro propio, ni una condición peculiar con el fin de que poseas el lugar, el rostro y la condición que conscientemente elijas y que de acuerdo con tu intención obtengas y conserves [...]. No te he hecho ni celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y artífice de ti mismo te formes y plasmes en la obra que prefieras. Podrás degenerar en los seres inferiores que son las bestias, podrás regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que son divinas. ¡Oh suma y admirable suerte del hombre, al cual le ha sido concedido ser lo que quiera!

Quedó así señalado el norte (el hombre es un ser inacabado) que la Ilustración moderna del siglo XVIII se encargaría de hacer compatible con su propia comprensión del ser humano, recientemente inaugurado como sujeto: un ser humano dotado de libertad y de una razón iluminada, capaz de reducir la realidad objetiva a una imagen (como lo señaló Martin Heidegger en “La época de la imagen del mundo”, *Caminos de bosque*) y de señorear sobre un mundo sometido a las leyes del conocimiento científico. En este contexto, la educación entró a jugar un importante papel y dentro de ella la educación superior, encarnada en la institución de la Universidad. Estas dos ideas convergen en la Alemania ilustrada, en dos corrientes de pensamiento que tendrán un gran desarrollo: los pedagogos que desarrollan teorías que influenciarán grandemente la educación, no solo en Europa sino también en América Latina, y los filósofos que reflexionan sobre la Universidad, a lo que me referiré más adelante. De momento, basta señalar que la idea de la educación como formación (*bildung*) se consolidó y universalizó al menos en el mundo occidental, entendiéndose como el proceso de dar forma (*bilden*) al ser humano.

Los cambios en el mundo de hoy (primacía del sujeto autónomo y del ejercicio de su libertad) han traído aparejados cambios en la comprensión de la educación, los cuales, desde mediados del siglo xx, han conducido a entender la educación ya no como formación sino como autoformación, tarea propia del educando, lo que plantea nuevas exigencias al ser y al actuar del maestro. Ahora, como acompañante y orientador de los procesos de autoformación de sus estudiantes, ya no como formador de ellos, el educador ha tenido que asumir nuevas formas de relacionamiento maestro-estudiante, que no son el simple contacto reducido al aula y al periodo escolar ni el apego sobreprotector, y que, por tanto, tocan no solo con el actuar del maestro sino con su ser. Ahora el maestro es mirado como un ser de acogida (L. Duch, *La educación y la crisis de la modernidad*), significando con ello que mediante actitudes de reconocimiento y solicitud hacia el estudiante, fortalece en él los sentimientos de pertenencia e identificación con una comunidad en la que se arraiga a lo largo de un buen periodo de su vida. Es, además, un ser que se comunica (J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*) al hacer uso de un lenguaje que mediante la argumentación, no el ejercicio autoritario o manipulador, provoca acuerdos y facilita la interacción. Por último, es también un ser que guarda fidelidad (A. Heller, *Más allá de la justicia*) primero hacia sí mismo, buscando mantener su autenticidad, y luego hacia el estudiante, en el sentido de cultivar la relación establecida mediante vínculos de confianza, compromiso mutuo y perseverancia.

Este nuevo enfoque de la educación como autoformación impone también sobre el estudiante cambios en su ser y su actuar, nucleados alrededor del valor de la responsabilidad, que no es del caso mencionar aquí. Hago alusión a ello porque quiero preservar el carácter moral del acto educativo, necesariamente ligado a los principios de autodeterminación y autodesarrollo por parte del es-

tudiante, y a condiciones de simetría y reciprocidad por parte del maestro y del estudiante. Cuando la acción de educar se entiende simplemente como un proceso de mera transmisión, de intercambio de conocimientos por dinero, adquiere el carácter mercantil que lamentamos encontrar en muchos ambientes educativos y que desdice de su significado más propio. Ya mencioné que la idea de la educación como formación, desarrollada teóricamente en Europa por los grandes pedagogos del siglo XIX y comienzos del XX, permeó el servicio educativo en todo el hemisferio occidental. Fue corriente encontrar que todos los sistemas educativos convergían en la idea de formación a la que se añadía el adjetivo de integral, queriendo significar con ello la complejidad del ser humano y la necesidad de atender a todas sus dimensiones: cognitiva, volitiva, psico-afectiva, físico-motriz, nutricional, sensible-emocional, aunque en muy desigual medida. No se percibió que a pesar de la multidimensionalidad del esfuerzo, el ser humano producto de este proceso de formación —que olvidó la inteligencia social, el carácter político y las capacidades morales que posibilitan el relacionamiento, el reconocimiento de la pluralidad, el respeto de las diferencias, la responsabilidad por el otro, potenciales en todo ser humano—, seguía siendo necesariamente un ser individual, bien formado quizás, pero sin referente en la sociedad en la que, como sujeto social, tiene que desempeñarse. Esa situación se ha hecho evidente en nuestro país donde la educación, si bien ha querido formar integralmente, lo ha hecho con el enfoque individualista de reforzar las capacidades personales, haciendo con ello una muy pobre contribución a la construcción de un mundo social, político y moral incluyente, ordenado y justo.

La educación ha de ser entendida, entonces, como *formación*, más aún como *autoformación integral* tanto individual como social,

para la vida (social, política y moral) y que, además, es un *proceso permanente*, que dura toda la vida. Esta última idea corresponde a la aspiración de toda cultura de lograr, mediante la educación, la formación de seres humanos que correspondan a un determinado concepto de hombre, de humanidad, a sabiendas, sin embargo, de que nadie llena plenamente un ideal humano porque la humanidad no se agota en un individuo aunque algunos, como los héroes, los grandes estadistas, los santos y los genios, tanto del arte como de la ciencia (M. Scheler, *El santo, el genio, el héroe*), se hayan acercado a ello. Igualmente corresponde a teorías de la antropología filosófica o de la filosofía existencial que el ser humano sea un proyecto siempre inacabado que se inicia con el nacimiento y solo termina con la muerte, momento en el cual se evidencia, de manera definitiva y ya inmodificable, la humanidad alcanzada por cada quien.

También aquí nuestro *servicio* educativo (que no ha logrado constituirse en un *sistema* de educación plural pero unificado, complejo pero ordenado, secuencial y con una finalidad clara) presenta graves falencias. No tenemos aún una *idea del hombre* que queramos educar (como *nación* no la tenemos aunque algunas instituciones educativas, sobre todo de educación superior, sí la tienen, pero en una perspectiva particular y propia), por tanto, no hay una *idea de la educación* que nos diga lo que ella es, cuáles son sus *fin*es y cómo lograrlos. Todavía nos estamos preguntando cuáles son los factores que inciden en una educación de calidad —cosa que ya en el mundo se sabe desde hace años—, en vez de estar trabajando ya en su promoción e implementación. Ello se debe a que no hemos logrado apropiarnos de la importancia de la educación, no solo para el desarrollo personal sino para la consolidación de la nación en lo social y en lo económico, en lo político y en lo moral. Esta no es tarea que puedan cumplir los individuos, formados para su mundo privado, encerrados en categorías espacio temporales

reducidas, volcados únicamente hacia la satisfacción –desmedida o reducida– de sus necesidades, sea por voluntad propia o por condicionamientos sociales. Esta es tarea para los sujetos sociales, los sujetos políticos (o ciudadanos) y los sujetos morales (o personas) que son el resultado de condiciones de vida estimulantes y de procesos educativos comprometidos en la formación del ser humano que esta nación requiere.

¿Quién es, entonces, sujeto? Es alguien dotado de *identidad* (fundada en el arraigo propio de todo ser vivo y en el reconocimiento por el otro, que empieza en el momento del nacimiento y que genera sentimientos de pertenencia, seguridad y confianza); consciente de su *dignidad* (fundamento de la autovaloración y la autoestima, necesarias para acometer acciones portadoras de futuro y para afrontar la vulneración y la humillación); dotado de la *función narrativa*, (mentarse como un yo, narrarse, hablar de sí mismo y de los otros que siempre existen en el relato); capaz de trazarse un *proyecto de vida* (construcción de sentido a partir de la sucesión de experiencias para configurar una totalidad integrada y significativa, de acuerdo a sus capacidades y posibilidades), de verbalizarlo mediante la narración (que lo inscribe en una comunidad y en una cultura determinada) y de realizarlo en interacción con otros (la dialéctica de la mismidad y la otredad está presente desde siempre ante el sujeto como sí mismo que se afirma frente al otro distinto de sí) para transformar la realidad. El sujeto tiene, por tanto, *agencia* y, en consecuencia, *poder* y *responsabilidad*, tiene la capacidad de introducir cambios y transformar; a esto se llama poder y, en la medida en que este es resultado de una decisión personal y libre, el sujeto es responsable por ello.

En esta amplia caracterización se acotan tres ámbitos fundamentales del ser del sujeto, siguiendo a Paul Ricoeur (*Historia y*

Narratividad): el de “los actos de habla” en los que el *sí mismo* se designa como hablante; el de “la acción” en la que se designa como agente, como autor de una acción que depende de *sí mismo*; el de “la imputación moral” en la que el *sí mismo* se designa como sujeto responsable. El sujeto o agente es, entonces, aquel ser humano dotado de palabra (J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*) y de acción (H. Arendt, *La condición humana*), capaz, además, de responder moralmente por una y otra (P. Ricoeur, *Historia y Narratividad*). Volveremos sobre estos tres ámbitos en el apartado “El mundo de la vida”. De momento señalamos que, dentro del marco anteriormente expuesto (¿quién es sujeto?), la tarea de formación de sujetos resulta difícil para nosotros. Las condiciones para iniciar los procesos identitarios no están al alcance de grandes sectores de la población: no se dan el arraigo y la pertenencia en medio del desplazamiento forzado y la ausencia de asentamientos permanentes. Ni el reconocimiento en medio de tantos nacimientos no deseados, fruto de las relaciones ocasionales o violentas: porque son la mirada amorosa de la madre, la acogida en un entorno estable, la figura de un padre protector, los que generan los sentimientos de seguridad y confianza desde la primera infancia. La conciencia de la propia dignidad inherente a todo ser humano se ve permanentemente vulnerada por la pobreza extrema que agota la vida en la sobrevivencia diaria, y no abre una ventana de futuro. El precario uso del lenguaje, fruto de la escasa educación y una débil socialización, impide al individuo ser sujeto de una narrativa en la que inscriba también su comunidad, es decir, su tradición y su cultura. El proyecto de vida como elección de un sentido tampoco es posible en medio del sometimiento y la imposición de formas de vida, aseguradas de manera heterónoma por una historia de la que no se ha hecho parte activa.

Los gobiernos y la sociedad hemos permitido la aparición y crecimiento de una gran masa de la población sin identidad (aunque con cédula), sometida fácilmente, por tanto, a los discursos promeseros y engañosos que son, además, los únicos que conoce, que no logra hacer visible su dignidad porque no siente tenerla; una población sin las herramientas del lenguaje que les permita a sus miembros afirmarse como sujetos de una narrativa que cuente, carente de un proyecto de vida impedido por las urgencias del día a día, despojada de un poder que le permita señorear su destino, transformar algún aspecto de su realidad y, por tanto, sentirse responsable de su que-hacer. Más de dos generaciones de colombianos se han perdido en los oscuros vericuetos de nuestra historia reciente. Hombres y mujeres dotados de una dignidad siempre vigente aunque no siempre visible, dotados de capacidades diversas que no lograron florecer por falta de oportunidades, perdidos para la nación como sujetos, actores sociales, ciudadanos participantes y personas morales. Este es un lujo que la nación no puede seguir dándose. Las nuevas generaciones, entre la cuna y los veinticuatro años, todavía pueden ser atendidas o recuperadas mediante procesos de socialización y de educación en sentido amplio. No es solo tarea del Estado y de la familia, la sociedad también puede aportar recurriendo a procesos de educación no formal y pedagogías sociales y a todo el servicio educativo, no solo la educación básica y media sino también la superior. Y esta última, de manera particular, como formadora de docentes y jóvenes estudiantes que ya pueden insertarse plenamente en el mundo de la vida como sujetos sociales, ciudadanos y personas morales.

Dentro del amplio espectro de la formación del sujeto, quiero destacar un aspecto que considero fundamental para este proceso. Se considera generalmente que la competencia básica para el aprendizaje es la lectoescritura, pero no nos hemos detenido en lo

que es anterior a ella: el habla y su concomitante, la escucha. Desde comienzos del siglo XX, la lingüística empezó su desarrollo como ciencia, camino que aún no termina y que ha arrojado importantes herramientas de comprensión de los fenómenos humanos. No es el caso entrar aquí en ese detalle, solo quiero señalar que, en los procesos educativos que buscan formar al ser humano como sujeto, este importante aspecto ha estado descuidado en todas las etapas de la formación. El habla no es solo una herramienta de comunicación, también lo es de la construcción del yo, primer pronombre que el niño aprende a verbalizar. La construcción de un relato favorece la reflexión, el pensamiento lógico, el desarrollo del vocabulario, o sea, la capacidad de nombrar, pero sobre todo la reflexividad como capacidad de designarse a sí mismo. Sabemos muy bien que muchos de nuestros bachilleres terminan su ciclo formativo sin saber hablar, es decir, sin lograr expresar verbalmente lo que quieren significar, de tal manera que sea entendido por otro. Las entrevistas de admisión a la educación superior, en este sentido, resultan dolorosas. Fue noticia el año anterior la renuncia de un docente universitario, en protesta porque sus estudiantes no sabían escribir correctamente; ¿sabían ellos hablar correctamente? Me temo que no. Por eso en el lenguaje juvenil priman las palabras soeces ante la pobreza del vocabulario; en su comportamiento prevalecen los gestos agresivos ante la incapacidad de expresar los estados de ánimo mediante discursos objetivos; y las muletillas, estilo “sí, ¿o qué?”, sustituyen la carencia de capacidad argumentativa. Como veremos enseguida, el habla (J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*) o la palabra (H. Arendt, *La condición humana*) se constituyen en elemento central en la formación del sujeto. Finalmente es justo destacar el importante papel que la palabra ha jugado en el proceso de reparación a las víctimas de la violencia. Puede decirse que ha sido este un genuino ejercicio de construcción de identidad.

des narrativas (P. Ricoeur, *Tiempo y Narración*) que, a la vez que ha dado nombre a las víctimas, ha convertido a muchos de los deudos hablantes en agentes de reconciliación; además, ha recuperado la memoria, transformándola en memoria colectiva, esto es, política, y ha permitido su ingreso a la historia.

Idea de la universidad

Los últimos debates en el país, derivados de la propuesta del Gobierno de reformar la Ley 30 de 1992, pusieron en evidencia la pobreza de nuestro pensamiento en torno a la Universidad, a lo que ella es, a lo que ella significa y a cómo debe funcionar. Este último aspecto —que es subsidiario de los dos anteriores— es el que mayormente interesa al Gobierno, pensando siempre en cómo mantener control y reducir costos; a la comunidad universitaria, de manera parecida, le interesan los órganos de gobierno, para asegurarse en ellos la participación de sus estamentos y la financiación para mejorar salarios, condiciones de trabajo y bienestar (incluso gratuidad). Todos hablaron sobre la cosa, la Universidad, pero sin saber lo que la cosa es. Desde luego que hubo serios pronunciamientos sobre el tema por parte de intelectuales, profesores, columnistas de prensa y hasta de algunos colectivos estudiantiles, pero estas expresiones cayeron en el vacío social. La Universidad ha dejado de ser, entre nosotros, objeto de interés social y ello es un grave problema. Puede deberse a su silencio frente a los problemas que aquejan al país: silencio no solo institucional sino también individual. Lejos estamos de otras épocas y latitudes en las que el ser y el quehacer de la Universidad fueron objeto de amplios debates sociales y políticos. Como el que durante el siglo XIX y parte del XX tuvo lugar en Alemania ante los cambios que se preveía debía acometer la institución frente los